

dum»); la escuela anglo-normanda (las Sumas «Lipsiensis», «In nomine» y «De iure canonico tractatus», Honorio, las Distinciones «Est ius naturale, «Ius naturale primo modo dicitur», y «Lex naturalis», las Glosas del manuscrito Antwerpen M 13, Ricardo Anglico y la Suma «Prima primi»); la escuela de Bolognia entre Huguccio y Alano (Huguccio mismo, la Suma «queritur utrum» y la «Reginensis», Alano, Guillermo de Gasconia); los últimos trabajos de la escuela francesa (la Suma «Duacensis», el «Apparatus Glossarum» «Ecce vicit lex» y el «Animal est substantia»); y, en fin, los últimos Aparatos de la escuela bolognese (Laurentius Hispanus, Juan el Teutónico, Raimundo de Peñafort).

Esta mera enumeración de escritos sometidos a examen —que hemos ofrecido con mayor detalle en Derecho Canónico que en Romano, por la índole de nuestra especialidad— da idea suficiente del interés del volumen y de la importancia del trabajo realizado por su autor. Este, como ya indicamos, completa además la investigación del concepto y esencia del Derecho natural en las fuentes citadas, con el estudio del contenido de ese mismo Derecho. A tal efecto, analiza los temas siguientes: la libertad natural de todos los hombres y la esclavitud; el matrimonio y la familia según el Derecho natural; la propiedad común natural y los fundamentos naturales de la propiedad privada; la responsabilidad natural del deudor.

Al ocuparse de tales cuestiones dentro del Derecho canónico, desciende al análisis detallado del pensamiento de los decretistas en diferentes puntos de interés, que manifiestan la contribución del pensamiento canónico medieval a la doctrina del Derecho natural.

El último apartado de cada una de las dos partes del volumen versa, como dijimos, sobre las características propias de la ley natural: la universalidad crónica y tópica, la inmutabilidad, la superioridad sobre los demás Derechos, la invalidez de los escritos contrarios al Derecho natural. Al tratar de estas cuestiones en la parte canónica —siempre más detallada que la romana— se detiene el autor sobre la prioridad temporal del «Ius naturae», sobre los efectos de la ignorancia de la ley natural, y sobre su «indispensabilidad», contemplando

en este punto diferentes supuestos que podrían ofrecer dudas al respecto, tales como la poligamia de los patriarcas del antiguo Testamento, el caso de perplejidad o colisión de deberes, la disolubilidad del matrimonio, etc.

En la parte destinada a apéndices, el autor nos ofrece, sucesivamente, una serie de notas sobre algunos manuscritos romanísticos con glosa, hasta un total de diecinueve manuscritos anotados con interesantes observaciones; una edición del Tratado «Divinam voluntatem vocamus iustitiam», preparada por el autor sobre manuscritos originales y acompañada de indicaciones acerca del mismo y de los estudios que hasta ahora habían trabajado el texto; se edita también a continuación el Tratado «De pactis» y «De pacto de non petendo»; en cuarto lugar, el autor ofrece un breve análisis del manuscrito «Leiden, Vulc. 48 f. 9-24» de la Suma «Inter cetera»; y, finalmente se precisan algunos puntos de investigación sobre la Glosa de Lamentius.

Unos índices de fuentes —que demuestran el enorme esfuerzo del autor en su tarea investigadora— y una extensa bibliografía completan este valioso y trabajado volumen.

ALBERTO DE LA HERA

ANDREA CUSCHIERI, O. F. M., *Morbus mentis in iure matrimoniali canonico*, 1 vol. de 132 págs., Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto «San Raimundo de Peñafort», Monografías canónicas, Salamanca 1968.

En este trabajo el autor se propone analizar la presunción «iuris tantum» que se establece en el canon 2201 § 2, acerca de los «lucida intervalla», según los conocimientos de la ciencia médica, hasta 1957 aproximadamente.

El autor con un criterio médico agrupa en los sucesivos capítulos las entidades clínicas siguientes: la psicosis maníaco depresiva, la melancolía involutiva, la esquizofrenia, la paranoia, la demencia parálitica o parálisis progresiva, la posible alteración mental de la corea de Huntington, la demencia senil y pre-senil, la psicosis de origen arteriosclerótico, y algunas toxicomanías como la del alcohol, cocaína, opio y marihuana. En el primer capítulo tras un breve estudio de-

BIBLIOGRAFIA

ja al margen a los subnormales a los cuales, evidentemente, no se les puede aplicar el criterio de «lúcida intervalla», ya que como su mismo nombre indica son subnormales, no anormales (amentes y dementes).

El método que sigue el autor es el de hacer, en cada capítulo, en primer lugar una exposición amplia, completa y comprensible para una mentalidad jurista —dentro de un rigor médico— de las características y síntomas que presentan cada una de las entidades clínicas que hemos enumerado, señalando el comienzo y la posible evolución de las mismas. A continuación considera el problema desde el punto de vista jurídico según el can. 2201 § 2 a la luz de la jurisprudencia rotal.

En el apartado final de la obra llega a la conclusión de que bajo el anterior punto de vista jurídico las enfermedades mentales consideradas podrían clasificarse en tres grupos:

a) aquellas en las que los «lúcida intervalla» no aparecen, tales como, según el autor, la paranoia, la corea de Huntington, la demencia senil y la presenil, en las cuales por tanto, el problema cara al derecho matrimonial se centraría sobre el momento de origen y grado de las mismas.

b) aquellas en las cuales pueden aparecer estos intervalos de modo excepcional o mediante tratamiento médico como la esquizofrenia y la demencia parálitica, en las que resulta difícil hacer una prueba en contra de la presunción establecida.

c) aquellas en las que los «lúcida intervalla» son signos patognomónicos o característicos de la enfermedad como ocurre en la psicosis maníaco depresiva y la de origen arteriosclerótico, en las que el problema se sitúa en determinar si en las fechas del matrimonio el sujeto estaba en la situación de intervalo lúcido.

Consideración aparte merecen las alteraciones producidas por los tóxicos donde hay que distinguir entre la intoxicación actual —no habitual— que puede quitar la capacidad de conocer y querer durante un determinado tiempo y los cuadros clínicos subsiguientes a una real toxicomanía con el deterioro mental que esta conlleva.

La bibliografía —muy detallada para cada concepto— viene a pie de página.

En el aspecto médico hay que tener en cuenta lo que ya se ha dicho al principio: llega hasta 1957 aproximadamente y recoge fundamentalmente tratados generales que pudiéramos denominar «clásicos» en la materia. En el aspecto canónico se ciñe exclusivamente a las decisiones de la Rota Romana, llegando hasta 1961; hace una enumeración muy completa de todas las relacionadas con el tema.

JUAN VERA CAMPOS

WILHEM BERTRAMS, *Il potere pastorale del Papa e del Colegio dei Vescovi*, Ed. Herder, Roma, 1967, 1 vol. de 122 páginas.

Es suficientemente conocida la preocupación doctrinal del Prof. Bertrams por los temas relativos a los poderes episcopales, ya en sí, ya en su confluencia con el poder primacial del Romano Pontífice. En esta pequeña obra, hace una síntesis valiosa desde el punto de vista genérico, para lo cual tiene el autor necesariamente que marginar muchos otros temas —algunos muy abiertos a la investigación—. Es preciso también tener en cuenta dos condicionamientos más que el autor se pone a sí mismo: uno es el intento de comentario al capítulo tercero de la Constitución «Lumen Gentium» del Vaticano II; y otro es tratar de encuadrar este comentario en unas conclusiones teológico-jurídicas. Por esto mismo, resultaría inadecuado insistir en los aspectos problemáticos que el autor omite, sobre todo en la referencia a la iglesia particular y su relación con la Iglesia Universal, y su ligazón en y con el Colegio Episcopal. Bien es cierto que el Prof. Bertrams no es ajeno al interés por este tema; no obstante, parece ofrecer más posibilidades que las presentadas en el orden *ejecutivo* del poder episcopal, con el que el autor cierra esta obra.

Resalta como peculiar valor la visión unitaria del poder en la Iglesia, desde las posiciones *iure divino* que en Ella se dan constitucionalmente: el Obispo de Roma como Vicario de Cristo y el Colegio Episcopal como institución que sucede a los Apóstoles. Se muestra Bertrams sencillo, agudo y claro en la exposición de la unidad de poder bajo estas formas diversas de sus depositarios por la voluntad fundacional de Cristo. A mi modo de